

resultado de aquel estudio, él, cada vez sentía desvanecerse sus esperanzas y yo acrecentarse mi amor. No mi amor, aquella pasión que tenía en sí la fuerza de consumirme por la multiplicidad de obstinaciones y ante sí, el obstáculo insuperable. Así como el océano se estrella ante las rocas que lo limitan descomponiéndose en encajes de espuma, así la voluntad, toda la voluntad de mi espíritu, se estrellaba contra aquel ser, descomponiéndose en ideas tristes, dolorosas, enfermas, ardientes, que vivían formando la vida apasionada en la que se agitaba el corazón.

Había observado en ella la evolución misteriosa de las ideas, su desenvolvimiento, su progresión; oíala diariamente, observaba la variabilidad constante de sus pensamientos, su originalidad, la poesía en ellos envuelta, las melancolías, los dolores y deseos que aparecían en sus imágenes; las voluptuosidades que á veces hacían temblar su voz; el ardimiento del alma que se exhalaba en frases; las puerilidades del corazón trasformándose en las dulzuras encerradas en sus conceptos y en las caricias ocultas en sus ideas; los entusiasmos que á ocasiones producían lo que podríamos llamar el atropello de las frases, la inspiración volviendo convulsivo y apasionado el acento, el espíritu luchando para arrancar del cerebro pensamientos en delicadas ó vigorosas figuras,

ble misterio de la creación propuesto á nuestras investigaciones! ¡Dios en el sentimiento queriendo crear el espíritu por el amor!

La posesión física habría exacerbado la pasión por el momento con el goce y después de satisfecha, se habría extinguido esa pasión, pero la posesión no podía realizarse porque la pasión no existía. Dejarse acariciar no es participar de las caricias como dejarse amar no es participar y sentir el amor.

La naturaleza presentaba en aquella maravillosa hermosura una fuerza de inercia invencible.

XVI

Pasaron semanas y trascurrieron meses. Día á día verificábanse aquellas entrevistas y nuevas discusiones y nuevos estudios. La abstracción habíase apoderado de nosotros y si él no vivía más que para pensar, yo no existía más que para sentir. Consultábame todos los medios empleados para producir la vida nerviosa en su estado natural, variábanse en sus términos las discusiones, estudiábamos y como

impotencia, no contra la impotencia física, contra aquella parálisis intelectual. Sentía el deseo vigoroso, ilimitado, fecundo, enorme, apoderarse del sér y estrellarse también contra la atonía y su inmovilidad. Existía el cretinismo del corazón; y de éste nacen los idiotas del sentimiento. Apesar de toda su hermosura carecía de pasiones y por lo mismo, si era una imbecil para pensar, era una idiota para sentir.

Era necesario crearlas.

El obstáculo colocado ante mí, porque yo no vivía ya más que para aquel sér, era un obstáculo moral. El imposible era el estímulo para exaltar la voluntad; ésta con todas sus obtinaciones, se concentró en el sentimiento naciente, naciente cuando ya era la única idea que podía concebirse en mi cerebro.

¡Oh sí! ¡Yo sentía, yo amaba, yo creía! ¡Yo sentía lo inexplicable, yo amaba á aquella desgracia, yo creía en aquel infortunio! ¡Yo me hubiera desecado la médula para crear la suya, me habría arrancado las entrañas por conmovérle, de palazándome el alma por hacerla palpar y sentir, llorar y querer, admirar y amar! ¡No, no era el corazón que se amaba á sí mismo, amándose en sus sentimientos y el espíritu amándose en sus concepciones, era el amor adorando el imposible y el alma anhelando el ideal! ¡Era el misterio, el impenetra-

como los paisajes en recuerdos, en riqueza de imaginación, en colorido y en inagotable movimiento. Es como la fiebre de un beso que flúmea sobre vuestros labios mucho tiempo después de que lo habíais arrebatado, os queréis quitar la memoria, tratáis de extinguir la quemadura que os despierta, tratáis de apagar la sed devoradora que os produjo y con vuestras manos desearíais arrancaros los labios con desesperación para arrancar aquel recuerdo y el beso, beso candente, marca de eterna lava, delirio estático y supremo en el que seextingue toda vuestra fuerza, vuestra savia y vuestra vitalidad, permanece allí, como una brasa, consumiéndose sobre vuestros labios, como la expresión de un dolor intenso, como la manifestación poderosa de incomparable é inextinguible deleite.

Así gozando con aquella caricia soñada, sentía repentinamente sobre mis labios los labios secos, yertos, inmóviles de una momia y ese contraste hacia que aquella entraña, antro el más profundo y misterioso en que se agitan todas nuestras pasiones, desfalleciese debilitándose y otras se dilatase, sufriendo por no poder consumirse y rugiendo para poder vivir y así como las ideas engendraban sensaciones, éstas engendraban nuevas, pero más dolorosas ideas. El cerebro pensaba porque el corazón sentía. Sentía el amor estrellándose contra la

hierro hecho ascua calentado al rojo blanco ó á algún grado no concebido aun por la ciencia, os lo aplicasen sobre las carnes y sobre la frente. Sentís que el calor os penetra, que destruye las fibras, llega al hueso, lo rompe, funde la médula y se esparce, corroyendo y os recorre, como la llama por las venas ó un rayo, por los nervios. Así es la inspiración.

La incandescencia flota en el aire. Cada poro, cada átomo, cada partícula de vuestro cuerpo sufre igual sensación. Es el fuego quien os envuelve y os seca y os calcina devorandoos. Es la atmósfera convertida en llamas. Es que os sentís quemar y consumir en lo íntimo, en lo profundo, en lo sagrado del alma. No hay punto de la totalidad, de vuestro espíritu, que no sufra ese sacudimiento extraño, ese vértigo de ascensión constante, esa especie de epilepsia tremenda y dolorosa en las ideas. Es la vida que se os arranca por más esfuerzos que hagáis para evitarlo. Es la existencia que queréis transmitir á costa de la vuestra. La fiebre de la sangre transmitiéndose al sistema nervioso. El dolor generando placeres supremos é inconcebibles. La esencia de la vida comunicándose á las palabras. Convulsiones en las que el corazón se ahoga en fuerza de sentir. Así el ácido cerébrico se ha consumido en fuerza de soñar. Las sensaciones trasfórmanse á veces en sentimientos,

atravesar mis labios, y las frases que lograba pronunciar, eran vagas, indecisas, frías y nada podían expresar de los movimientos convulsivos que parecían despedazar por su violencia el corazón. Y era que el sentimiento así habla, y era que la pasión así se expresa!

¡Cuántas tardes pasamos como aquellas! ¡Cuántas noches, el sentimiento que velaba, alejaba el sueño! ¡Cuántas veces creímos ambos que el amor iba á producir la vida en aquel sér, y cuántas también al traerla del sueño sonambólico, volvíamos á encontrarnos con aquel cadáver!

—Luchemos, murmuraba con desaliento suspirando. ¡Luchemos! Ya lo ve vd. Ella piensa y quiere. Lo principal está hecho. Despertemos ese corazón ¡Cómo pensará cuando sienta! ¡Cuántos misterios vamos á penetrar! ¡Cuántos secretos nos reserva el estudio!

Envolvíala en el sueño magnético, dominábala con el fluido nervioso y bajo el incomprendible fenómeno de la dilatación de la voluntad de aquel hombre, aquella mujer hablaba y manifestaba al hacerlo, fuentes inagotables de fecundas y de vivificadoras ideas.

—Yo todo la debo, decía conmoviéndose. Ella ha sido la inspiración que en sus momentos de éxtasis me ha enseñado y revelado arcanos de la ciencia que yo no conocía. Yo he educado su cerebro y ella ha formado mi pen-

samiento y ha creado mis ideas. La debo todo lo que sé como la debo todo lo que pienso. Sin ella es posible que yo dejase de pensar.

—Pero eso es amar, le replicaba, eso es amar y usted, expresándose así, puede hacerla sentir mejor que yo, que nada puedo expresar.

Caso frecuente y vulgar: el sentimiento se revelaba aún en aquel principio de celos, celos absurdos para quien la había formado y a quien todo también se lo debía.

—Amar, me contestaba con amarga ironía, amar el estudio, amar el origen de mi inteligencia, amar las ideas que me ha producido, los conocimientos que me ha obligado a adquirir, lo que me ha hecho padecer, desear, luchar, pensar y no poder. Amar el enigma y el obstáculo, el misterio y el imposible, el arcano XUER y el problema INERCIA. He ahí todo. He ahí lo que yo amo.

El obstáculo era también en mí la causa generadora del sentimiento, que fecundándose en cada instante, multiplicaba el apasionado existir de mi espíritu.

Otras veces encontrábale abatido, advertía el desorden en los libros, la confusión en los papeles y algo que me revelaba, la lucha de la inteligencia tratando de investigar lo que hasta entonces no había logrado obtener. Conociase que sus manos convulsivas habían agitado aquellos objetos, instrumentos todos aplicados

sobre los misterios de la ciencia y que poco ó nada le habían producido en sus estudios, pues en aquella frente solo se revelaba esa tristeza sin nombre y sin fondo, esos dramas del pensamiento que la surcan con leves arrugas, esos combates constantes del espíritu tratando de conquistar nuevas ideas, luchas estériles que solo le producían un principio de desesperación, pero que engrandecían su alma supuesto que le engrandecían el pensamiento.

Lejos de aquella casa yo no vivía, el alma se quedaba ahí, al lado de aquellas dos almas, admirando á la una, adorando á la otra. Parecíame como si el espíritu se me desprendiese y como si el cuerpo, simple autómatas, fuera el que se alejaba. Ese fenómeno de ubicuidad es bien sencillo en semejantes casos. En cualquiera punto que ocupase, el pensamiento como ausente estaba fijo, pero invariable y constante en los dos seres y tan luego como me retiraba, yo quería volver, para hablar y discutir y estudiar con él, para admirarla y adorarla á ella.

Las discusiones sostenidas habían iluminado mi espíritu, que comprendía como él, que el estudio nada era y de nada servía, sin la inspiración; y la inspiración brotaba natural y fecunda, poderosa, multiplicada y virgen de los labios también vírgenes de aquella mujer. ¡Cuántas horas de mi vida desaparecían absorbidas

en el estudio de su cerebro y cuántas también una sola de sus ideas bastaba para preocuparme. ¡Cuántas pensé devorarla á caricias y despedazarla á besos, y una sola de sus frases y una sola de sus ideas, hacía cambiar mis pensamientos é instantáneamente producía en ellos, no la admiración, algo más grande que el éxtasis! ¡Cuántas preguntas contestadas con acierto y cuántos problemas, por ella propuestos con ingenuidad y sencillez, cuántos arcanos en su espíritu, qué sucesión de misterios, qué lógica tan inflexible, qué belleza en las ideas, qué naturalidad, qué vigor y qué virginidad en la concepción! La oímos, él estudiando, yo admirando, adorando.

Lejos de ella yo no pensaba en nada que no fuesen las ideas por ella emitidas, analizábalas, descomponíaslas, comparábalas, trataba de investigar su origen, admiraba la belleza de su forma tanto como la profundidad de los pensamientos, y su amor, amor contemplativo, amor de las ideas, llenaba mi espíritu con la vida, con la esencia, con el perfume del suyo. Su alma había llegado á obtener la posesión de la mía y vivía, impregnado por así decirlo, con sus pensamientos, con la misma irresistible fuerza que existía en mí la creencia de Dios. El amor despertaba la idea de la inmortalidad y mi pensar agitado á su recuerdo, como el océano en deshecha tempestad, volaba hacia

lla con irresistible atracción. Poco me importaba resolver el problema, ya mi corazón lo había resuelto.

Veíala dentro de mí mismo, duplicación magnífica de almas, mezclada á mi espíritu, con el confundida y por él adorada. Veíala, radiante y vigorosa manifestación de todas las sensualidades, los caprichos, los deseos, *mujer en todos sus sueños*, provocarme, martirizarme, exaltarme, multiplicándose, cambiando de formas, revelando sus bellezas y en un solo segundo, cambiaba y solo quedaba el ángel, el ángel engendrando las ideas, el ángel ennobleciendo el espíritu, levantándole, purificándole, despertando todas sus aspiraciones y después y por desconsoladora y horrible transición solo quedaba ante mí, una mujer cadáver en sus pasiones y un ángel, ángel negro y maldito, que solo me sugería el mal. El drama que en el pensamiento de mi amigo existía, volvíase trágico en el mio y trágico con inmortal grandeza.

Y no pudiendo vivir lejos de ella, yo volvía á aquella casa para absorberme nuevamente en su contemplación, para poseer sus formas deseándolas con ardentísima mirada y entonces en vez de sufrir yo gozaba, gozaba lo que nadie ha descrito, pensado y sentido, gozaba la posesión ideal de un sér por la posesión de sus ideas, la posesión de sus sentimientos por el

reflejo de sus pasiones y yo sentía impulsos de arrodillarme, para adorar con verdadera idolatría, el cuerpo y el alma de aquella incomparable mujer.

Y hablaba, ¡oh! hablaba lo que nadie ha dicho! Hablaba lo que no recuerdo, lo que nunca he podido y tal vez no podré jamás expresar! Decía lo que dicen los ángeles en esas alturas en que no manchan las palabras; decía lo que piensa, y lo que siente, y lo que quiere y puede sólo y únicamente Dios!

Una tarde, (está fija en mi memoria de un modo imborrable; no, no fué una tarde, una mañana, una noche, no sé, no importa; un día) un día ó una noche, como ustedes gusten, llevá-bamos ya largo tiempo de no verla fuera del sueño sonambúlico, y dije al magnetizador, al que antes llamaba el loco, el extravagante, el estafalario etc.

—Tiempo ha que no la vemos en su estado natural, fuera del sueño magnético y del estado nervioso, ¿cree usted que sería conveniente...?

—¿Para qué? dijo interrumpiéndome; creo que nada hemos adelantado.

—Usted juzga inútil.....?

—¿Sacarla del sueño sonambúlico? Es igual. Es indiferente. Usted la ha dicho todo lo que un enamorado podría decirle. Usted ha expresado todo lo que la pasión puede expresar. Todo lo que los amantes dicen y lo que todos

repite. Creo que estamos lo mismo que al principio y que hemos perdido el tiempo. Frases, frases, todas son frases, y nada, nada de hechos útiles y provechosos. Usted quiere verla en ese estado tan lastimoso? Es bien sencillo. La traeremos á la vida real, la sacaremos del sueño magnético.

Guardé silencio, recreando mi vista y mi inteligencia en la contemplación de los múltiples encantos de aquel sér, que en el momento participaba, á la vez, de la mujer y del ángel, y que se encontraba en pleno sonambulismo estático.

La voluntad del magnetizador hizo cesar ese estado, y cuando las facciones recobraron la inmovilidad que tenían fuera de aquella vida ficticia, me dijo sonriendo, como lo hacía siempre con profunda ironía:

—Ya lo ve usted. Es un cadáver, y el sentimiento ha sido hasta hoy estéril y no ha podido galvanizarla.

Guardé silencio mientras que mi cerebro y mi corazón se despedazaban ante el cuadro, repugnante y espantoso por una sola causa, la inercia.

—Volvámosla á la vida, dijo trascurridos unos instantes. Es inútil tenerla en ese estado. Tanto para nosotros como para ella, nada produce el idiotismo. Volvámosla á la vida.

En aquella ocasión la joven no obedeció.

Dos, tres, diez veces consecutivas repitió con imperio sus órdenes. La voluntad estrellábase impotente contra la atonía. Envolvióla en el fluido magnético, multiplicando los pases; concentróse, hizo esfuerzos supremos; viéronse las venas de su frente inyectarse é inflamarse como si fuesen nervios ó músculos; dilatáronse sus pupilas vibrando con la fuerza de una voluntad indomable; pero á pesar de ello, la joven guardó aquella rigidez de muerta y su inmovilidad cadavérica.

—Y ahora? le interrogué.

—Ahora? Ahora, nada. Usted es libre de pasar á esta casa cuando guste y tendré placer en recibirle. Hace diez años guardaba igual situación. Tengo que recomenzar. Puede ser que con uno ó dos años vuelva á tenerla como se encontraba. Tal vez no tenga remedio y no volverá á caer en el sueño sonambólico. Es necesario estudiar. Las ciencias magnéticas abren al pensamiento humano un vasto campo de estudios. Veremos más adelante el fruto y los resultados de sus nuevas observaciones. Creo que, si á usted le parece, hemos concluido.

Salí de aquella casa para no volver jamás.... Salí de aquella casa triste, desalentado y convencido de que la soberbia y el orgullo humano no pueden medirse mas que por su pequeñez. El sentimiento, dulcemente acariciado

por mí, se había desvanecido en unos cuantos segundos, y bastaba ver el cuadro presentalo por aquella idiota, para no anhelar ya más motivos de inspiración.

Algunas noches, las noches en las que la electricidad ilumina la atmósfera, cuando las calles están más solitarias, le he visto todavía buscando la soledad para sus meditaciones y el aislamiento ó tal vez el ejercicio. Parece como que busca á la tempestad y quiere como envolverse en su manto de relámpagos. ¿Trata de provocar al destino como provoca al rayo? ¿Busca en la electricidad su inspiración?

FIN.

